

Comentarios a una antología

Duanel Díaz Infante

DE LOS GÉNEROS QUE HABITUALMENTE SON OBJETO DE antología, es el ensayo el que, en este aspecto, ha sido menos afortunado a lo largo de la literatura cubana. Si «el parnaso cubano», como se llamó una de las colecciones decimonónicas de la lírica nacional, ha sido profusamente antologado, y la cuentística, aunque menos que la poesía, cuenta en el siglo xx con varias antologías —ya del desarrollo del género en un lapso de varias décadas, ya de la producción contemporánea al momento de la selección—, el ensayo ha llamado mucho menos la atención de los antólogos de las letras cubanas. Sin embargo, es una antología de ensayos cubanos la primera de su tipo en América Latina.

Ensayistas contemporáneos. 1900-1920, realizada por Félix Lizaso y publicada por la editorial Trópico en 1938, es la primera antología de ensayos con que cuenta una literatura nacional en Hispanoamérica. No se trata, sin embargo, de la primera recopilación de ensayos de diversos autores cubanos. En el volumen XII de la monumental antología *Evolución de la cultura cubana (1806-1927)*, correspondiente al primer tomo de «La prosa en Cuba», José Manuel Carbonell recogió, además de «artículos de costumbres», «impresiones» y «páginas de periodistas», una sección de «ensayos», conformada por escritos de José Antonio González Lanuza, Justo de Lara, Ramón A. Catalá, Francisco de Paula Coronado, Fernando Lles, José Antonio Ramos, Medardo Vitier, Emilio Gaspar Rodríguez, Francisco José Castellanos, Miguel Ángel Carbonell, Severo García Pérez y Alberto Lamar Schweyer. Después de *Ensayistas contemporáneos. 1900-1920* hubo que esperar hasta 1960 para contar con otra antología de ensayos, esta vez a cargo de Salvador Bueno: *Los mejores ensayistas cubanos*. Es curioso, por ejemplo, que el cincuentenario de la República fuera ocasión

para antologías de cuento y de poesía que abarcaban el desarrollo de dichos géneros a lo largo de la etapa, pero no del ensayo. Y después de esta antología de Salvador Bueno, publicada en Lima para el Segundo Festival del Libro Cubano, habría que esperar más de cuatro décadas, en la última de las cuales —la de los 90—, proliferaron las antologías de relatos y de poesía, para que apareciera otra antología de ensayos cubanos. La publicación de *Ensayo cubano del siglo XX* (Fondo de Cultura Económica, México, 2002), con selección y prólogo de Rafael Rojas y Rafael Hernández, es, por esta y por otras razones, un acontecimiento de importancia.

En su prefacio, Félix Lizaso explica que su libro nació de un empeño anterior: la presentación, iniciada en 1937 en la hora de radio de la Secretaría de Educación, de un grupo de ensayistas cubanos, complementada con selecciones de sus obras. El libro de Lizaso no es, pues, una selección de ensayos, sino, como indica su título, de ensayistas. Se trata en realidad de una galería de figuras donde las páginas de ensayo complementan los juicios del antólogo: es significativo que en muchos casos estos sobrepasan en extensión a aquellas, las cuales son casi siempre fragmentos de obras mayores, aparecen en tipo menor de letra y no se encuentran indicadas en el índice del libro. Lizaso representa en su libro la producción ensayística publicada en el período limitado por el inicio de la «era republicana» y por la emergencia de una nueva generación de ensayistas con «alientos nuevos y fórmulas nuevas» a partir de 1920. El antólogo señala en ese lapso el predominio de ensayistas de dos generaciones coexistentes: la que florece hacia 1910 —en la que descuellan, entre otros, Jesús Castellanos, Luis Rodríguez Embil, Fernando Ortiz— y la que despunta hacia 1915 —a la que pertenecen Chacón y Calvo, Emilio Gaspar Rodríguez, Francisco José Castellanos y otros—. Se trata, en verdad, de dos promociones de la que ha sido denominada por los historiadores de la literatura cubana «primera generación republicana», integrada por los hombres nacidos en las dos últimas décadas del siglo XIX que alcanzan su mayoría de edad en los primeros quince años de la República.

Interesado en mostrar la vitalidad del género en ese momento de las letras cubanas, Lizaso escoge veinticuatro ensayistas para representar un lapso de sólo veinte años. Salvador Bueno, en cambio, selecciona en un período de seis décadas sólo a diez autores, de los que incluye ensayos completos: Enrique José Varona, Jesús Castellanos, Fernando Ortiz, Fernando Lles, José Antonio Ramos, Medardo Vitier, Jorge Mañach, Juan Marinello, Raúl Roa y José Antonio Portuondo. En las antípodas de *Los mejores ensayistas cubanos, Ensayo cubano del siglo XX* carece de toda pretensión canónica. Como *Ensayistas contemporáneos. 1900-1920*, ofrece un panorama amplio y diverso, ya no de un período de dos décadas, sino de todo un siglo, pero a diferencia de Lizaso, Rojas y Hernández han seleccionado ensayos, no ensayistas. Más exactamente, páginas ensayísticas — conferencias radiales, artículos periodísticos, piezas de oratoria, fragmentos de libros— sobre distintos temas y con diversas intenciones y estilos. La flexibilidad de criterios de los antólogos aparece desde el aspecto cronológico: Rojas y Hernández han tenido el acierto de abrir su antología con «Nuestra América», dis-

curso pronunciado en 1891 por José Martí. «Peca contra la humanidad el que fomenta y propague la oposición y el odio de las razas», dice allí Martí, y el tema del conflicto racial, así como del aporte africano a la cultura nacional, estrechamente vinculado a aquel, recorre el pensamiento ensayístico cubano, como se evidencia en los textos incluidos de Gustavo Urrutia, Gastón Baquero, Fernando Ortiz y Lydia Cabrera, y asimismo en el más reciente de los ensayos recogidos en el volumen, «Estrategias para cuerpos tensos: po(li)(é)ticas del cruce interracial» (2002), de Víctor Fowler, ensayo representativo además de ciertas temáticas que predominan en la más nueva ensayística cubana, la cual, abriéndose hacia los múltiples propósitos y métodos de la «teoría crítica» contemporánea, centra su interés en los problemas de raza, género y sexo, retando la supremacía otorgada a la categoría de clase social durante los 70 y los 80.

En cuanto a la corrección y factura del texto de la antología, hay que decir que *Ensayo cubano del siglo XX* muestra una imperfección verdaderamente lamentable. El libro está lleno de erratas y descuidos que evidencian un deficiente trabajo de preparación y edición. Basta con leer el índice para advertir, entre otros menores, dos errores graves que pueden confundir al lector poco familiarizado con la ensayística cubana: la autoría de «El ensayo como género», correspondiente a Medardo Vitier, le es atribuida a Fernando Ortiz; y el ensayo de Ramón de Armas «La revolución pospuesta: destino de la revolución martiana de 1895» aparece como «Ramón de Armas. La revolución pospuesta: destino de la revolución martiana de 1895, por Rafael Hernández». A esto vienen a sumarse los cambios en los títulos de dos ensayos de Varona y Cintio Vitier, respectivamente: la conferencia de Varona se llama «El imperialismo a la luz de la sociología», no «El imperialismo y la sociología», según se lee en la antología; y el ensayo de Vitier lleva por título «Experiencia de la poesía», no «La experiencia de la poesía». Por otro lado, la antología adolece de una notable falta de uniformidad en la presentación de los ensayos: mientras de algunos se dice el año y el lugar de publicación, de otros no se ofrece ninguno de estos datos. Además, los capítulos de libros antologados —textos de José Antonio Ramos, Ramiro Guerra, Jorge Ibarra, Gustavo Pérez Firmat, Antonio Benítez Rojo—, no aparecen con la debida indicación de su carácter de fragmentos, la cual sólo aparece de pasada en el prólogo, ni de los títulos de las fuentes originales. Por si fuera poco, «La curiosidad barroca», de Lezama, aparece, en contraste con el resto de los textos seleccionados, profusamente anotado: seguramente fue extraído de una edición crítica de la que no se consigna ningún dato, omitiendo de este modo a la autora de las abundantes notas explicativas. En general, se echa de menos en *Ensayo cubano del siglo XX* un aparato informativo complementario de los ensayos reproducidos. En este aspecto, esta nueva antología sale perdiendo ampliamente en la comparación con *Ensayistas contemporáneos. 1900-1920*, donde Lizaso incluyó, además de extensas presentaciones de los autores, utilísimas fichas bio-bibliográficas de cada uno de ellos.

Sin intentar una cala profunda en el proceso general de la literatura ensayística cubana en el siglo XX, Rojas y Hernández dedican el grueso del prólogo a explicar sus propósitos y los límites que guían la selección de los ensayos:

no estarán aquí, dicen, los textos con una perspectiva demasiado especializada, más cercanos a la monografía y la investigación científica «que de la idea del ensayo como creación interpretativa y estilística»; se explica así la ausencia de importantes profesores, sociólogos e historiadores que los antólogos, sin embargo, no dejan de mencionar. Para Rojas y Hernández el ensayista debe «conseguir originalidad y profundidad de ideas, o trascender más allá de un cuerpo doctrinal establecido»; no basta con escribir bien, entregar una reflexión personal u ofrecer una observación puntual sobre una obra determinada, es «preciso también rebasar la huella de lo episódico o efímero propio del periodismo». Estas discriminaciones, ofrecidas sin ninguna intención prescriptiva, coinciden en lo esencial con la definición del género ensayístico que ofrece Lizaso en el prefacio de su antología. El «otro» sigue siendo lo didáctico, lo académico, el tratado, la mera divulgación, la fría objetividad de la investigación científica. Aunque es claro que es un «otro» íntimo, cercano: los límites del ensayo son flexibles; como la novela, el ensayo, proteico y promiscuo, no es un «género» en el sentido tradicional; como ella, constituye una expresión ejemplar del sentido antigénérico que ha notado Bajtin en la literatura de la época moderna.

«Las exclusiones, parcialmente justificadas y hasta arbitrarias, configuran un archivo que interroga y complementa la selección que aquí proponemos», escriben Rojas y Hernández. Repasando el índice, no puede uno dejar de sentir cierta extrañeza por la presencia de ciertos autores y la ausencia de otros: comenzamos enseguida a asumir el reto a que esta antología explícitamente nos invita. Ciertamente son muchos los buenos ensayistas que no aparecen en el libro. Me parece notable, por ejemplo, la ausencia de un grupo de la primera generación republicana, cultivadores de la meditación filosófica y quizás demasiado poética para el gusto contemporáneo: Jesús Castellanos, uno de los mejores escritores de su generación; Fernando Lles, campeón del individualismo y el escepticismo; Francisco José Castellanos, autor de la página antológica «La sonrisa vacía», incluida en su único libro póstumo *Ensayos y diálogos* (y que no pertenece al grupo que hace eclosión en la década de los 20, como afirman Rojas y Hernández en la introducción, pues murió en 1920); Emilio Gaspar Rodríguez, autor de libros como *El retablo de Maese Pedro*, *Puntos sutiles del Quijote*, *Hércules en Yolcos*, y del extenso y olvidado *La crisis cubana*, primer tomo de una obra inconclusa sobre la decadencia republicana. También se echan de menos nombres fundamentales de la última generación del siglo, la de aquellos nacidos después de 1959 que emergen en los 80 y dominan el género en la pasada década: Antonio José Ponte, Rolando Sánchez Mejías, Iván de la Nuez, Rafael Rojas, Ernesto Hernández Busto.

De la generación del Grupo Minorista, echo de menos al olvidado Alberto Lamar Schwyer, precoz ensayista de extensa cultura literaria y filosófica, convertido luego en colaboracionista de la dictadura de Machado, lo que, añadido a su muerte temprana en 1942, le valió un olvido que no hace justicia a su indudable talento. *Biología de la democracia*, libro que propició el conocido manifiesto del Grupo Minorista en 1927, es tan falaz como riguroso en su

análisis sociológico, nutrido de las teorías en boga en Europa y en América Latina. Lamar es autor, además, de varios ensayos interesantes incluidos en *Los contemporáneos* (1921) y *Las rutas paralelas* (1922), de *La palabra de Zarathustra (Federico Nietzsche y su influencia en el espíritu latino)* (1923), el único libro escrito por un cubano sobre el filósofo de Basilea. Pero ciertamente estos ensayos de Lamar son algo inactuales, y los antólogos advierten que «sobreviven (...) en el círculo de los elegibles aquellos ensayos que han podido permanecer como piezas de pensamiento y de estilo de interés para un lector actual — y no sólo para el de los estudiosos de la cultura y la historia cubanas» (p. 10). Esto explica en parte la presencia de varios ensayos sobre el «tema negro», así como de orientación feminista en los casos de Camila Henríquez Ureña, Nara Araújo y Luisa Campuzano, que quizás desde un estricto criterio de valor, siempre discutible desde luego, no hubieran sido incluidos. Es notable, a propósito, que si en las antologías de Lizaso y de Bueno no aparece ninguna mujer, en *Ensayo cubano del siglo XX* hay ocho incluidas: además de las tres mencionadas arriba, Lydia Cabrera, Graziella Pogolotti, Margarita Mateo, Mirta Aguirre y Fina García Marruz —estas dos últimas acaso las mejores ensayistas del siglo en Cuba—. Sin dudas el actual interés en temas de raza está detrás de la inclusión de «¿Hay o no hay razas?», de Gastón Baquero, texto no totalmente exento de interés pero recorrido por una profunda superficialidad —valga la paradoja— en lo tocante a las causas del antisemitismo en Alemania, por encima de otros ensayos a todas luces mejores del mismo autor como es el caso de «La poesía como reconstrucción de los dioses y del mundo» y «Tendencias actuales de nuestra literatura».

No debe pasarse por alto que, aunque su objetivo no es en modo alguno fundamentar un nuevo canon, los antólogos señalan de pasada que acaso las cumbres del ensayo en el siglo XX cubano sean Enrique José Varona, Fernando Ortiz, Jorge Mañach y Cintio Vitier. A propósito, llama poderosamente la atención la ausencia de dos grandes indiscutibles: Lezama Lima y Juan Marinello. Es más extraña, sin dudas, la exclusión de Lezama, considerado por muchos el mejor escritor cubano del siglo y cuya moda actual, debida sobre todo a *Paradiso*, ha llegado también hasta sus originales ensayos, que han alcanzado fuera de Cuba una difusión sólo comparable a la de algunos textos de Ortiz. Marinello, en cambio, no está de moda, pero ciertamente no necesita estarlo. A pesar de diferencias, reservas y preferencias personales, es preciso reconocer que su monumental obra ensayística no desmerece en nada de las obras de Jorge Mañach, Fernando Ortiz y Cintio Vitier.

Especial interés tiene el repaso de los presentes y los ausentes en el caso de los ensayistas que publican el peso de su obra después de 1959, por tratarse de la primera ocasión en que se antologan estas cuatro décadas de ensayística cubana, y por el hecho feliz de que son incluidos tanto los de «adentro» como los de «afuera». Para los lectores que viven en Cuba, la antología recoge textos que, por haber sido publicados en el extranjero, son de difícil consulta: los brillantes ensayos de Enrico Mario Santú y Roberto González Echevarría sobre Lezama y Carpentier, respectivamente; un fragmento del libro de Gustavo

Pérez Firmat sobre la literatura *Cuban-American*, y el primer capítulo del influyente libro *La isla que se repite. El Caribe en una perspectiva posmoderna*, de Antonio Benítez Rojo. Por otra parte, de los ensayistas que viven y escriben —o han escrito casi toda su obra— en Cuba a partir de 1959, grupo del que Rojas y Hernández han seleccionado textos de Graziella Pogolotti, Roberto Fernández Retamar, Manuel Moreno Fragnals, Ramón de Armas, Ambrosio Fornet, Jorge Ibarra, Luisa Campuzano, Abel Prieto, Margarita Mateo, Gerardo Mosquera, Jorge Luis Arcos, Víctor Fowler y Desiderio Navarro, una ausencia me parece notable: la de Reynaldo González, sin dudas uno de los más talentosos ensayistas de esta época.

Mi propio archivo de los que no están incluye desde luego a muchos otros: Raúl Roa, marxista heterodoxo de prosa inconfundible, José Manuel Poveda, tan buen prosista como poeta, autor de páginas memorables como «Elegía del retorno» y «Martí y Maceo en La Mejorana». Asimismo, pensando ahora en textos más que en autores, quedan fuera escritos ensayísticos que me parecen antológicos: «El pathos cubano», de Lino Novás Calvo; «Cuba, negros, poesía. Notas para un ensayo» (1936), de Nicolás Guillén; «Hacia una comprensión total del XIX» (1961), de Calvert Casey; «La opereta cubana en Julián del Casal» (1963), de Lorenzo García Vega; «La isla en peso con todas sus cucarachas» (1983), de Reinaldo Arenas, entre otros.

Pero lo cierto es que los textos incluidos en *Ensayo cubano del siglo XX*, al margen de las «simpatías y diferencias» de cada lector, evidencian de sobra que la escasez de antologías del ensayo cubano no corresponde en modo alguno a la riqueza de una tradición que hoy parece estar en un momento de revitalización. Esta amplia muestra ofrece un archivo cuya lectura invita a pensar, e invita a pensar en el otro archivo complementario que a su vez invita a futuras y diversas antologías. Razones más que suficientes para agradecer a Rafael Rojas y a Rafael Hernández.